

FE DE SANTA TERESA DE JESÚS

VIII

Fe viva que hace alcanzar las cosas grandiosas de Dios (*Santa Teresa de Jesús*).

Vamos a reanudar la serie de artículos sobre la fe de nuestra Santa, entrando hoy ya a examinar y ponderar las razones que prueban que la Santa de nuestro corazón tuvo una fe viva, perfecta, heroica, tal que le mereció los honores de ser colocada en el catálogo de los Santos, héroes de la Religión y de la fe cristiana.

Lo que es la humildad para las virtudes morales, es la fe para las teologales. Por consiguiente, conocida la perfección de la fe en nuestra Santa, poco nos ha de costar después probar su heroica esperanza y caridad.

Los Auditores de la Sagrada Rota en las relaciones de las virtudes de la Doctora mística, para proceder a su canonización, alegan para probar que Teresa de Jesús tuvo la fe en grado heroico, de suerte que basta a colocarla entre los hijos más grandes de la Iglesia católica, entre otras razones, el haber nacido la Santa de padres fieles y de muy viva fe y cristianas costumbres. Católicos rancios los llamamos hoy día, tipo y acabado modelo de perfecta fe cristiana, que apenas hoy día se halla uno en nuestra tierra clásica de fe y catolicismo, excepción hecha de los que moran en las montañas y viven separados de los centros de ilustración y despreocupación, o mejor dicho, de perversión y desenfreno.

Parecerá extraño que tan sabios doctores aleguen esta razón extrínseca para probar la fe pura y perfecta de Teresa de Jesús, pues siendo la fe un hábito sobrenatural infundido por Dios en el santo Bautismo antes que la razón despunte y el alma reflexione y haga repetidos actos de fe, tiene ya sin ningún mérito suyo este hábito santo.

Con todo, debemos reconocer que para que este hábito se desarrolle debe pasar a acto, y no hay cosa que mejor disponga el ánimo, sobre todo de la inocencia, que el buen ejemplo. Entonces se desarrolla, crece y perfecciona este árbol de la justificación sin encontrar obstáculo, al contrario favoreciéndole todas las circunstancias, para que obtenga completa perfección. El Espíritu Santo mueve interiormente e impulsa el corazón de inocente niño: los padres le facilitan la práctica, le allanan las dificultades poniendo delante ejemplos dignos de imitar. Una palabra oportunamente dicha, un aviso dado a tiempo, un consejo, una lección santa, un recuerdo de los santos Confesores y Mártires de la fe enardecen el ánimo y el ánimo de este templo del Espíritu Santo, y no es raro ver los tiernos niños ir a desafiar los tiranos, buscar con ansia los tormentos y la muerte para conquistar la corona del martirio, el lauro más precioso de la confesión de la fe.

Testigo la tierna niña Teresa de Jesús, que al leer las vidas de los Santos, al reflexionar sobre el premio que se da a la fe, a los siete años huye de la casa paterna con su hermanito Rodrigo, para irse a tierra de moros a pedir la descabezasen por Cristo, como la misma escribe. Si, pues, el ejemplo de los Confesores de la fe oído por la virgen Teresa tanta impresión hizo en su bien dispuesto corazón, ¿qué no haría el ejemplo vivo y frecuente de sus padres, en quienes, como ella afirma, encontraba siempre aparejo para todo lo bueno y lo que era virtud? Impulsada por el Espíritu Santo y guiada, sostenida y alentada con tan perfectos ejemplos, no viendo cosa que no la moviese a creer más firme y prácticamente lo que la fe le dictaba, debía esta alma generosa atesorar riquezas perfectísimas de fe y de amor, que toda su vida la sirviesen de aliento y de fortaleza.

No es de extrañar, pues, que la misma seráfica Doctora, convencida de esta verdad, exclamase: "Gran favor hace el Señor a quien pone en compañía de buenos. Debieran procurar los padres en esta edad de la inocencia que sus hijos no viesan más que ejemplos de virtud". Faltando estas condiciones hoy día en la mayor parte de los padres cristianos, no es de maravillar que la fe de cada día se ostente más débil en todos los cristianos, sea menos viva, menos pura, firme y generosa. En los tiempos de Teresa de Jesús, tiempos de exhuberancia de fe, si nos es permitido hablar así, no se comprendería lo que hoy pasa, pues se tiene por cosa rara que un cristiano tenga fe viva y a ella ajuste sus acciones. Entonces era la regla general esta conducta, hoy forma excepción. ¡Qué contraste! ¡Cómo hemos ido degenerando de la fe de nuestros mayores! y cuenta que, según dice, España es aún la nación teológica, la nación de más fe de todo el mundo. ¿Cómo extrañar, pues, que así el Señor castigue a la infiel Europa, sobre todo a la infiel España, que de cada día va apartándose más de la verdadera fe?

Por eso creemos con fundamento que Dios, que a cada época ha provisto de un remedio, ha suscitado en estos últimos tiempos la devoción a la gran celadora de la fe en

nuestra patria santa Teresa de Jesús, para avivar la fe en los corazones de los españoles y hacerla revivir en muchos que la perdieron por desgracia.

Si la fe de la gran Teresa empieza a brillar con los más espléndidos fulgores en su cuna, suspirando por el martirio, ¿qué no hará en sus últimos años?

Lo examinaremos en los siguientes artículos.

E. de O.

DESDE LA SOLEDAD

¡Oh dichosa soledad! patria de las almas grandes, suspiro de todos los generosos corazones, lugar donde las almas reales hallan su centro; ¿qué sería sin ti del pobre corazón humano combatido de mil tentaciones, herido en mil combates por los dardos del desamor, del desengaño o de la ingratitud?

¡Oh soledad, oh soledad! déjame gozar en paz de los inmensos bienes que reportas a mi fatigado espíritu, y no me abandones arrojándome al mundanal ruido, que aún resuena como eco desapacible su recuerdo en mi tranquilo interior.

¡Oh almas que andáis atareadas revolviéndoos de aquí para allí en busca de descanso!, venid a un lugar desierto, a esta apacible soledad y descansad un poco, os diré con el divino Maestro. Nunca serás dueña de ti misma, oh alma cristiana, sino cuando estés sola, y meditando las miserias de un mundo que se va, y elevándote sobre todas las criaturas que te rodean, te elevas sobre todo lo caduco que pasa para nunca más volver, y te ocupes de solo Dios. Dios y yo. Dios y mi alma. Dios de mi corazón. Corazón de mi Dios. He ahí los temas de tus cotidianas meditaciones. He ahí lo que te hará alma real y te sacará de tu miseria y de tu nada, y te elevará sobre todo lo criado, y te dará descanso, paz, felicidad perfecta.

¿Por qué buscas, hombrecillo, fuera de ti felicidad y grandeza, cuando la tienes dentro de ti? El reino de Dios dentro de vosotros está, ha dicho la Verdad eterna. Y para entrar dentro de nosotros y hallar este reino no hay cosa mejor que esta soledad real. No habita Dios en la conmoción e inquietud, en la perturbación y el bullicio. Ama el sosiego y la paz, y solo en la soledad se halla el aparejo conveniente para disponer el ánimo, y arrojar de sí toda perturbación. Quitada la comunicación con las cosas exteriores, el alma convierte toda su actividad sobre sí misma, se conoce, y halla contentamiento y paz.

¡Felices vosotros, nobles corazones, que Dios os llama a la soledad real! ¡Qué horas tan dulces vais a gustar! ¡Qué días tan tranquilos os aguardan! ¡Qué satisfacciones tan íntimas y tan puras hallaréis! Aquí está el maná escondido que Dios tiene preparado para las almas que le buscan. Pero tened entendido que antes de llegar a este refrigerio deberéis pasar por el fuego y el agua de la tribulación, por el desierto de este mundo fermentado. Mas ¿qué importa, si pasadas las aguas del mar Bermejo volviendo la vista atrás podemos cantar desde lugar seguro, desde la santa soledad: Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha obrado; ha arrojado al mar del olvido a todos mis perseguidores; y rotas mis cadenas, cual paloma solitaria descanso a la sombra de mi Amado, y saboreo sus delicias en mi santa soledad?

EL SOLITARIO

¿VENDRÉIS A ROMA?

Así termina su carta un amigo nuestro muy querido de todos nuestros lectores por sus trabajos de propaganda católica y por sus excelentes escritos populares, el Dr. D. Félix Sardá, Director de la **Revista popular**.

¿Vendréis a Roma? Nuestro corazón responde sí, mil veces sí, a pesar de haber pasado todo el mes de junio del año 1870 en la capital del orbe católico. Pero no sé lo que nos permitirán responder entonces las múltiples ocupaciones y tareas teresianas de cada día mayores y más numerosas. Iremos a Roma si la celestial Baratona y la gran Bullidora de negocios, a mayor gloria de su Jesús encaminados, nos deja unos días libres o un tanto libres para reiterar personalmente al gran Pontífice nuestra adhesión omnímoda e inquebrantable a su Persona y a su Cátedra infalible.

¿Vendréis a Roma? Esta pregunta dirigimos también a todos nuestros teresianos amigos, que deben distinguirse por su afición al Pontífice santo, ya que son devotos de aquella Santa y paisana que cifraba su mayor dicha en la hora de la muerte en repetir: “En fin, soy hija de la Iglesia”.

¿Vendréis? No iréis solos, amigos míos, iremos muchos, muchísimos; que la España católica, la patria de las Teresas de Jesús y de los Ignacios de Loyola debe probar en esta ocasión solemne que si manos no españolas han trabajado y trabajan por romper el anillo de oro que une nuestra fe y amor a la Cátedra del Pontífice, al trono del Papa-Rey, representante de Cristo sobre la tierra, los verdaderos hijos de la Iglesia y herederos del espíritu de fe de sus padres no participan de estas ideas, detestan todo conato de arma y de rebelión, todo asomo de desunión, todo síntoma de desamor, la más leve falta de confianza en la doctrina y enseñanza y persona del romano Pontífice.

¿Vendréis, pues, a Roma a dar esa hermosa prueba de fe y de amor al Vicario de Cristo, de confusión y de desprecio a los enemigos de nuestra fe y de nuestra patria?

¿Vendréis a Roma a consolar a vuestro Padre el inmortal Pío IX cautivo y pobre, al Varón justo, cortado según el corazón de Dios, al único representante digno de la fe y de la justicia, del derecho y de la dignidad humana que hoy existe sobre la tierra?

¿Vendréis a Roma a admirar al Pontífice santo, al Doctor infalible, al hombre del siglo XIX, al bondadoso Pío IX?

¿Vendréis a Roma, la tierra de los mártires, la ciudad santa y eterna, llena un día de gozo y de numeroso pueblo feliz, hoy viuda y de luto vestida por las injusticias de hijos ingratos?

¿Vendréis a Roma, hoy que se trata de hacerlo en peregrinación pronta, cómoda y de no grandes gastos, posibles aún a las más modestas fortunas?

¿Vendréis? Sí, amigos míos, vamos a Roma a probar a nuestro querido y atribulado Padre que aún hay en esta noble tierra de España corazones animosos y llenos de fe pura y sólida que creen, esperan y aman lo que creyó, esperó y amó la Santa de nuestro corazón, la gran Teresa de Jesús.

Vamos a Roma a bañar nuestros ojos con los rayos de purísima lumbre que despide la mirada viva, dulcísima y celestial del bondadoso Pío IX. Vamos a Roma a enardecer nuestro espíritu con los ejemplos heroicos de virtud del Mártir de la impiedad.

Vamos a Roma a templar nuestra alma con la grandeza y firmeza inquebrantable del Pontífice. Vamos a Roma para poder clamar después de haber contemplado al Pontífice de la Inmaculada, de san José, del Corazón de Jesús y de nuestra noble Heroína: Ya moriremos gozosos, porque hemos visto la más grande maravilla que Dios ha puesto sobre la tierra, el sostén del mundo, el salvador del derecho hollado, el defensor del pobre, del desvalido, del oprimido contra los poderosos de la tierra, el único que con firmeza nunca oída exclama desde su prisión a toda injusticia: No es lícito. No puedo transigir con la maldad.

Vamos a Roma, amigos míos, para que nuestro pobre corazón henchido de fortaleza, de alegría y de paz se revista de las virtudes del hombre de Dios y así viva en gracia y muera en el ósculo del Señor.

¿Vendréis a Roma? ¿No es verdad, amigos míos, que todos con el deseo, muchos con las obras, responderéis que sí a esta pregunta?

Enrique de Ossó.

TRIGÉSIMO ANIVERSARIO PONTIFICIO

El 16 de este mes cumplió el Papa Pío IX los treinta años de su Pontificado. Este suceso extraordinario, que en todos tiempos y tratándose de cualquier Papa hubiera llamado la atención del orbe católico, verificándose en Pío IX y en los tiempos presentes la llama de una manera excepcional. Un Papa, único en la historia de diez y ocho siglos y doscientos sesenta y dos Papas, que ha visto y superado los días de Pedro, sin que nada presagie afortunadamente el fin próximo de su preciosa vida; un Papa, cuyo largo reinado ha sido fecundo, como ninguno, en grandes y gloriosísimos hechos, en una época deshonrada por todo género de miserias; un Papa que ha recorrido toda la escala de las grandezas y de los infortunios humanos, desde el trono hasta el destierro y la cárcel; adorado de sus hijos, blasfemado de los malos, temido de los poderosos de la tierra, exaltado, de grado o por fuerza, por todos, buenos y malos, grandes y pequeños; un Papa que firme, él solo, como una roca en medio de las ruinas del mundo

moral, y no cediendo un ápice a los embates de los revolucionarios, es el acusador perpetuo y el juez vivo de tantos potentados débiles, o cómplices de la revolución; un Papa como éste no será, si se quiere, un milagro, pero es ciertamente un fenómeno moral muy raro: los hombres de fe le miramos como un hombre de Dios, como un Papa providencial.

No; Pío IX no es únicamente un **Papa más** en la serie de los Papas, y la prolongación extraordinaria de su vida no es una casualidad. La casualidad es una palabra sin sentido; es nada, o es sólo la expresión de nuestra ignorancia. Los hombres se agitan sin saber las más de las veces lo que quieren y lo que hacen; Dios es quien los mueve, y dispone los sucesos, y los dispone de un modo digno de él. Dios ha realizado ya por medio de Pío IX grandes designios de sabiduría y bondad: ¿le tendrá reservado para que sea testigo y actor en la realización de otros mayores y más espléndidos? ¡Quién lo sabe! Lo que ha sido da sin embargo la esperanza y la medida de lo que podrá ser.

Los católicos así lo entendemos; y por esto hemos dado gracias a Dios por la conservación de la vida de Pío IX, y le hemos pedido que nos le conserve **ad multos annos**; le hemos felicitado calurosamente a él en el trigésimo aniversario de su exaltación al trono pontificio, y nos hemos felicitado a nosotros mismos. ¡Ojalá la explosión de fe y adhesión filial a que ha dado lugar este fausto acontecimiento, mitigue algún tanto la amargura que en su corazón paternal ha causado otro acontecimiento lamentable que ha venido a enturbiar nuestras serenas alegrías en aquel bendito día! ¡Ah! después de esto ¿qué nos queda? Orar, combatir y esperar. Así lo haremos.

Tortosa 19 de junio de 1876.

BENITO, Obispo de Tortosa

HERMANDAD JOSEFINA EN TORTOSA

Con este título se ha erigido canónicamente en Tortosa una Congregación espiritual de hombres solamente, desde que han hecho su primera Comunión, con el fin de facilitarles la salvación eterna por la imitación práctica de las virtudes del excelso patriarca señor san José.

Instalada el día de san José en la iglesia del Seminario, cuenta ya cerca de doscientos socios, de la clase obrera en su mayor parte, y de toda condición, edad, estado y profesión. Una de las más gratas impresiones que hemos experimentado en nuestra vida fue sin duda en el día del Patrocinio del santo Patriarca, en que por vez primera celebró solemne función dicha Hermandad, cuando al penetrar en la espaciosa iglesia del Seminario vimos cerca de ciento cincuenta hombres de toda edad y clase acercarse a recibir el Pan de los Ángeles, guiados por la mano paternal de san José, aumentando nuestro gozo en la misa mayor, que se celebró con gran pompa, al ver la numerosa concurrencia de hombres ávidos de escuchar las glorias del excelso Patriarca y los sencillos deberes que impone la Hermandad, de boca del Director de la **Revista Teresiana**. Daba mayor realce a la función la asistencia de nuestro sabio y celoso Prelado, que ha aprobado sus estatutos y ha enriquecido sus prácticas con indulgencias.

Tenemos para nosotros que así como a santa Teresa de Jesús está reservado en estos últimos tiempos regenerar a España por medio de la juventud femenil educándola según su espíritu de fe, de oración y de celo por los intereses de Jesús, a san José está confiada la salvación de los hombres inspirándoles amor al trabajo y al cumplimiento de sus deberes cristianos.

Tiene dicha Hermandad unas sencillas prácticas todos los días, semanas, meses y cada año ejercicios espirituales. Quien desee más datos diríjase a D. Felipe Tallada, presidente, o al Director D. Luis Sauquer, canónigo, Chantre, Tortosa, que les mandarán por correo el reglamento impreso.- C.

Instalación de la escuela dominical de jóvenes católicas en el pueblo de Fatarella por la congregación teresiana.

Así lo presumimos y así se ha cumplido. Ya no es Santa Bárbara solo, sino Fatarella la que cuenta escuela dominical. Este teresiano pueblo, que dos años ha suspiraba por los santos

ejercicios, ha sido uno de los que más se ha aprovechado de ellos, pues a pesar de tener tan sólo cuatro días, las gracias han sido tan copiosas, que en ningún punto hemos visto fiestas tan extraordinarias. Y una prueba es de ello que aún no habían pasado ocho días de haberse terminado los santos ejercicios, que ya contaban una escuela dominical, a la que asistían por vez primera más de cincuenta jóvenes teresianas mayores de quince años. Una buena persona les ofreció el piso espacioso gratis, otra la madera para hacer los bancos, otra les costeó los carteles y plumas y demás enseres para empezar, y confiamos mucho del celo de la junta y Directores que ha de dar óptimos frutos.

Se ha formado también el Rebañito del Niño Jesús de Teresa, y son ya más de cuarenta las pequeñas niñas que hacen, guiadas por las Celadoras, el cuarto de hora de oración en común.

¿Por qué tan hermosas prácticas y tan buenos ejemplos no los imitan todos los pueblos? Hora es ya de sacudir el sueño y la pereza, pues el enemigo de las almas no duerme y siembra cizaña y pierde almas y avanza cada día en su infernal tarea de destruir todo lo que esparce el buen olor de Cristo. ¿Hasta cuando los hijos de las tinieblas han de ser más activos y prudentes en sus cosas malas que los hijos de la luz en sus cosas buenas? No se diga al menos esto de los hijos de la gran Teresa de Jesús.

C.

VACACIONES TERESIANAS

Así debemos titular la serie de relaciones de fiestas, instalaciones y ejercicios espirituales que desde que vinieron las benditas vacaciones estamos haciendo para conocer y amar a la Santa de nuestro corazón, santa Teresa de Jesús. Apenas ha transcurrido un mes desde que terminó el curso, y el resultado ha sido instalar la Congregación Teresiana en Corbera, Gandesa, Mora de Ebro, Caserras, Batea y Nules; dar Ejercicios en Fatarella, Vinaroz y La Cenja y reanimar con nuestros discursos los corazones de las jóvenes católicas de Calaceite, Alcalá de Chisvert, Cherta, Aldover, Mora la Nueva y Villalba, no pudiendo establecerse la Congregación en los tres últimos pueblos por no tener un día libre a este objeto. Iremos reseñando sucintamente las funciones que se han hecho con este objeto. Debe notarse mucho, porque es un dato que prueba la fe y entusiasmo de estos pueblos por santa Teresa de Jesús, el haberse hecho todas las funciones en el mes más ocupado del año con la siega y trilla del trigo, y casi siempre en día de labor.

Corbera.- Instalóse la Congregación Teresiana en este religioso pueblo el día 7 de junio con una numerosa Comunión general, a la que asistieron cerca de doscientas jóvenes. Hubo después misa solemne con sermón, que predicó el joven y teresiano presbítero D. Juan Bautista Urgell, y por la tarde, expuesta su Divina Majestad, cantose solemne Trisagio, hizose el cuarto de hora de oración, sermón por el Director de la **Revista Teresiana**, renovación de las promesas del santo Bautismo por las jóvenes de la Junta, que hicieron vela a Jesús sacramentado; **Te Deum** y bendición con el santísimo Sacramento. Creemos con fundamento que en este religioso pueblo, merced al celo de sus Directores y de las jóvenes católicas que componen la Junta, ha de dar excelentes y copiosos frutos de santidad nuestra querida Obra de celo. La numerosa concurrencia que asistió a las funciones mañana y tarde nos confirma más en este parecer.

Fatarella.- Al día siguiente, por la tarde, empezamos los tan suspirados ejercicios espirituales a las jóvenes católicas de este pueblo, que tanto entusiasmo santo desplegó en la recepción que hizo dos meses atrás a una bellísima imagen de santa Teresa de Jesús, saliendo a recibirla en procesión todo el pueblo y Ayuntamiento, y saludándola muchas niñas vestidas de ángeles con sentidos versos antes de entrar en el templo. Pero dejemos hablar a su fervorosa Secretaria, que nos escribe así:

“Gracias al Señor que hemos visto por fin las jóvenes católicas de este pueblo, satisfecho nuestro ardentísimo deseo de beber y saciarnos, cual ciervas sedientas, en las purísimas y sabrosas aguas de las verdades eternas por medio de los santos ejercicios espirituales. Los dignos ejercitantes, Rdo. D. Enrique de Ossó y Rdo. D. José Casadó, supieron de tal manera y con tanta unción y acierto exhortarnos y dirigirnos, que, a pesar de la brevedad

del tiempo, los efectos de la gracia superaron y excedieron en mucho a las esperanzas que se habían concebido. Con todas veras podemos y debemos decir: ¡Gloria al Señor!

Desde el primer día, 8 de junio, la asistencia fue numerosa, y fue aumentando cada día de tal manera, que en el último estaba el templo santo completamente lleno de gente en medio de la mayor compostura y devoción.

Dos actos diarios teníamos para ejercitarnos en común oyendo las saludables lecciones de virtud de boca de los celosos y dignos ejercitantes mencionados, lecciones que como suave rocío caían sobre nuestros corazones, de antemano dispuestos ya por nuestro infatigable director D. José Sabaté, quien días antes había ya ido preparando el terreno, digámoslo así, para nuestro mayor provecho. La puntualidad y ansia con que asistían todas las hijas de María y Teresa de Jesús a los actos, el recogimiento que en ellas se notaba, su atención, fervor y compostura, todo revelaba bien a las claras con cuanto gusto de nuestras almas escuchábamos las pláticas, lecturas, exhortaciones, y hacíamos las meditaciones, y cuanto gozo experimentábamos en tan santas ocupaciones.

Quisiera insinuar alguna de las bellísimas cosas que se nos dijeron en aquellos días de salud y bendición, pues me complazco sumamente en recordar muchas cosas que quedaron profundamente grabadas en mi corazón; pero en gracia de la brevedad sólo hablaré del último día, domingo 11 de junio.

La suntuosidad y magnificencia de las funciones religiosas en dicho día correspondieron como debían a celebrar el triunfo del buen Jesús en muchos corazones.

En el centro del altar mayor, adornado con desacostumbrada belleza y elegancia, se veía la imagen esbelta y majestuosa de nuestra querida Madre Teresa de Jesús como invitándonos con su actitud arrebatadora a que continuando el camino empezado nos apresuráramos a llegar a la cumbre del monte santo. En la misa mayor, que se celebró con toda solemnidad, distribuyose el Pan de los Ángeles a todas las Teresianas en primer término y después a muchas otras personas, pasando de cuatrocientas el número de las que comulgaron en dicho día. El reverendo D. Enrique de Ossó nos dirigía entre tanto desde el púlpito tiernas exhortaciones para ayudarnos a preparar nuestro corazón al divino Huésped y a darle las gracias al entrar en nuestro pecho. A intervalos el órgano despedía suaves armonías acompañando el canto de amorosas letrillas adecuadas a tan sublime acto.- Por la tarde, después de haberse cantado los Oficios divinos, como se acostumbra, se expuso S. D. M., y en seguida se rezó la coronilla de desagravios, dirigida desde el púlpito por el Rdo. D. Juan Bautista Urgell, en la que dos coros de tiernos infantes, uno de niñas pertenecientes al Rebañito de Teresa de Jesús de Teresa, y otro de niños, de antemano preparados, llenaban el aire con sus argentinas voces de ¡Viva Jesús! y ¡Muera el pecado! cosa que a la verdad enternecía los corazones. Después de esto, el Rdo. D. José Ferrer nos hizo el cuarto de hora de oración, y luego subió al púlpito nuestro director D. Enrique a ensalzarnos con sus autorizadas palabras las virtudes sublimes de nuestra Madre Teresa de Jesús para que las imitémos y perseverásemos en el amor de Jesús, y a la verdad lo hizo con sin igual acierto, admirando y entusiasmando al numeroso auditorio que le escuchaba. Concluido el sermón, se cantó un solemne **Te Deum**, y luego hicimos la renovación de las promesas del santo Bautismo. Al tiempo de dar la bendición con el santísimo Sacramento, se hizo un acto de desagravio en reparación de las blasfemias con que tan a menudo se injuria al Señor, y después de la reserva se admitió a muchas jóvenes a la Congregación Teresiana, terminando la función con el cántico de despedida a María inmaculada y Teresa de Jesús por sus apasionadas Hijas. Amenizáronse estos actos con otros varios cánticos teresianos, que cantaban las jóvenes en los intervalos de un acto a otro, de manera que, aunque la función fue larga, nos pareció que había pasado con demasiada rapidez.

El día siguiente, por la mañana, se cantó por despedida una misa solemne en la suntuosa ermita de nuestra Madre María, que bajo el título de Misericordia se venera en dicho santuario, extramuros de la población. Nuestro celoso fundador nos habló nuevamente de la santísima e incomparable Virgen y Madre María y en especial de nuestra Madre Teresa de Jesús, y de su condición agradecida, y yo creo que en muchos corazones se imprimieron muy hondamente sus palabras, pues tengo motivos para creerlo.

Por fin repito otra vez con grandísima satisfacción: ¡Gloria al Señor! porque el fruto obtenido en este pueblo con los santos ejercicios ha sido grande, abundante y general. Las jóvenes Teresianas, de las que ni una sola quedó sin asistir a los actos en estos días santos, hemos quedado animosísimas, y con un fervor y entusiasmo extraordinarios: las que no lo eran han corrido presurosas a cobijarse bajo la bandera de la Heroína española, de manera que pasan ya de sesenta las que han ingresado nuevamente, y todo el pueblo, en una palabra, ha

quedado edificado, participando todos del copiosísimo fruto de los santos ejercicios. El Señor haga que este fruto sea duradero y nunca se disminuya el fervor y el buen deseo que a todos nos anima por aumentar los intereses de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús, que son también nuestros intereses más preciados.

Voy a concluir, dando las más expresivas gracias a los celosísimos Rdo. D. Enrique de Ossó y Rdo. D. José Casadó, por sus infatigables trabajos, haciéndolas también extensivas a nuestro dignísimo director inmediato Rdo. D. José Sabaté, nuestro vice-director Rdo. D. Juan Mulet y a los Rdos. D. José Ferrer y D. Juan Bautista Urgell, pues todos con su cooperación y ayuda contribuyeron al fruto santo de los Ejercicios y al mayor realce y solemnidad de las funciones para gloria del buen Jesús, consuelo de nuestras almas, edificación y provecho del pueblo. Pero las gracias más rendidas las damos a nuestras Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús, suplicándoles nos proporcionen a menudo días tan felices y santos como los que acabamos de pasar, mientras que con la mayor ternura no me canso de repetir: ¡Gloria al Señor! sí; ¡gloria mil veces al Señor por las maravillas que ha obrado en nosotras!.- M. C., hija de María Inmaculada y Teresa de Jesús”.

Tivens.- También cuenta este pueblo, merced al celo del joven y teresiano presbítero D. Francisco Gimeno, la congregación Teresiana. El día de Pascua de Pentecostés hizose la primera Comunión de los niños, y con la asistencia del Ayuntamiento y de un gentío inmenso instalose la Congregación Teresiana después de una Comunión general numerosísima. Predicó con tan fausto motivo el infatigable Prior de Mora de Ebro, dando más realce y amenidad a la función los suaves acordes del armonium llevado allí expresamente desde Tortosa, y los cánticos de las jóvenes católicas que por primera vez honraban a su Madre con la plegaria y otros religiosos cantos. Déles el buen Jesús de Teresa perseverancia en la oración, y pronto obrará en aquellos inocentes corazones maravillas grandes la Robadora de corazones santa Teresa de Jesús.

Salamanca.- Esta célebre y teresiana ciudad no podía por cierto permanecer indiferente y retraída en el universal movimiento que se observa en todos los puntos de España hacia la gran Teresa de Jesús. Santificada tantas veces con la presencia de la Santa de nuestro corazón, regida por el sabio y teresiano prelado Sr. Martínez Izquierdo, que ha calificado a nuestra Congregación de necesaria para preservar la juventud femenil de los peligros de perversión, desde el primer día de instalación, que fue el mismo del Patrocinio de san José, cuenta ya con trece coros de animosas jóvenes convenientemente instruidas en el modo de hacer oración por un celoso y sabio Director. Confiamos del celo que anima a sus dignos directores por los intereses de Teresa de Jesús, que son los mismos de Jesús de Teresa, que este grano de mostaza, que este árbol nacido y desarrollado junto al mariano Ebro y trasplantado hoy a las riberas del teresiano Tormes, extenderá sus ramas benéficas por todo el Obispado, y con su sombra y con sus frutos dará días de gloria y consuelo a Jesús y a su Teresa, procurando atraerles nuevos y tiernos corazones y encadenarlos a su servicio y amor. Al saludar con singular cariño las hijas de la teresiana Tortosa a sus hermanitas de Salamanca, envían al cielo fervientes súplicas a fin de lograr todas ser dignas hijas de tan buena Madre aquí en la tierra, y ser un día su mejor corona y gozo en la gloria.

Gandesa.- ¡Honor y gloria a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús! Nuestros corazones rebosan de alegría; no sabemos cómo expresar la función que se hizo el día 13 de junio, día consagrado a san Antonio de Papua, en que se instaló la Congregación Teresiana en esta ciudad por el Director de la **Revista**.

Se hizo grande función con toda solemnidad; por la mañana hubo Comunión general nunca tan concurrida de jóvenes, haciéndonos ver el amor que debemos a Jesús, a María y a Teresa en una tierna plática, distribuyéndonos al mismo tiempo el Pan de los Ángeles, Pbro. D. Enrique de Ossó.

Hubo misa mayor, y por la tarde se principió la función a las cuatro, expuesta su divina Majestad, haciendo vela las Hijas de María Inmaculada y de Teresa de Jesús; se comenzó con la coronilla del Sagrado Corazón de Jesús en acto de desagravios, rezada por nuestro Vice-Director teresiano, D. Francisco Mir, Pbro., cantando luego el himno “España penitente al sagrado Corazón de Jesús”; luego después se hizo el cuarto de hora de oración, con acompañamiento de órgano en sus intermedios; se cantó la plegaria por un coro de las más jovencitas de las Hijas de María inmaculada y de Teresa de Jesús, ocupando enseguida la cátedra del Espíritu Santo el celoso fundador de nuestra Archicofradía D. Enrique de Ossó,

quedándonos no poco maravilladas al ver el interés grande que tiene por nuestras almas, que quisiera que todas fuéramos santas, otras Teresas de Jesús sobre la tierra; después se cantó un solemne **Te Deum**, dándonos la bendición con el santísimo Sacramento nuestro bondadoso señor Cura párroco.

¡Con qué fervor y alegría asistieron las Hijas de María inmaculada y de Teresa de Jesús a este solemne acto! ¡Qué placer, hermanas mías, sintieron nuestros corazones al recibir el Escapulario azul de la purísima Concepción y la medalla de nuestra Heroína española!

Ya lo habéis visto ¡oh hermanas mías! el grande amor que el buen Jesús de Teresa nos ha demostrado.

¿No es verdad que nuestros corazones se hallan ya dulcemente encadenados con el divino Amor? ¡ya no tienes lugar permanente, maldito Satán, en la ciudad de Gandesa, en especial en el corazón de las jóvenes católicas!; no, que Jesús y su Teresa han obrado un prodigio de amor en el corazón de sus hijas. ¿Qué es, pues, lo que nosotras debemos hacer, hermanitas mías? ser constantes en la oración y buenas obras, acaudalar riquezas al buen Jesús y a nuestras Madres, que tantos prodigios han obrado en nuestros corazones en este día.

Adelante, pues, hermanitas mías; no nos paremos aquí, porque nuestra Robadora de corazones dice: “En el camino de la perfección quien no crece, decrece”, ¡a ganar almas, pues, para Jesús ganando primero las nuestras!

No escuchemos más ¡oh mis amadas hermanas! al asqueroso negrillo, que bastante tiempo se ha aprovechado de nuestra pusilanimidad y cobardía; recuperemos el tiempo perdido; arrojémosle de todos los corazones de las jóvenes católicas para que reine siempre en nosotros el amor de Jesús.

¡Demos pruebas de amor al sagrado Corazón de Jesús! ¡agradezcámosle tantos beneficios como nos ha dispensado, pues parecía imposible a muchos que penetrase aquí y se acreditase la gran Bullidora y celestial Baratona! ¡Sednos, pues, propicias, oh amadas de nuestros corazones, María y Teresa de Jesús!

Y aunque el infierno todo se levante contra nosotras, no desistiremos de nuestra santa y nobilísima empresa, sino que con la ayuda de nuestras queridas Madres diremos cada día más alto: ¡Viva Jesús de Teresa! ¡viva María inmaculada y nuestra Heroína española, la incomparable santa Teresa de Jesús! ¡viva Jesús otra vez! ¡muera el pecado para siempre! Amén.- M. F., hija de María inmaculada y Teresa de Jesús.

VIAJE TERESIANO

CARTA SÉPTIMA

Señoritas hermanas D. V.... e I..., hijas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús.

Como lo tengo prometido a Vds., no quiero pasar de esta bella y monumental ciudad sin fechar antes en ella una de mis cartas y contarles algo de lo que en ella acabamos de ver. Pero faltame todavía referirles algo de Alba de Tormes, y allá se vuelve mi pensamiento no menos que mi corazón, que se hacen la ilusión de hallarse aún allí presentes, cuando todo aquello, por bellissimo que sea, ya no forma sino una parte del mundo de mis recuerdos, mundo que alumbra dulcemente el destello tibio y crepuscular de lo que fue. Este pensamiento melancólico trae a mi memoria las ruinas del castillo del Duque de Alba, que al caer de la tarde fui yo a visitar. Hallanse sobre una elevada colina, desde donde se descubre la vega de Alba, el Tormes, ceñido de álamos, y allá abajo, a la izquierda mano, los majestuosos muros de un abandonado monasterio. Colocado en aquel sitio, no he podido menos de recordar la pujanza y poderío de aquel Duque, y de sus antiguas y gloriosas hazañas no han podido hacerme olvidar las presentas y grandes desventuras. “Las ruinas del castillo”, he dicho antes; así es la verdad, pues casi todo él se halla convertido en escombros. Solo una torre, de sólidos y macizos paredones, se conserva en pie, en medio de tanta desolación, irguiéndose con su severo e imponente aspecto, como para recordar de cuánta grandeza es capaz un siglo que edifica, y hasta qué extremo de barbarie puede llegar un siglo que destruye. He asomado mi cabeza por un boquerón, abierto en aquellos espesos murallones, y a favor de una luz me ha sido dado descubrir los dibujos y frescos de aquellas altas y sombrías paredes, donde me ha parecido ver representados hechos gloriosos de armas y atributos militares. A su vista, han acudido de repente a mi fantasía escenas más placenteras y deliciosas. He dejado que mi imaginación se

adormeciera unos momentos, como arrullada por un bullicioso rumor de aquellos festines, y por el eco de aquellas fiestas y torneos (de que aquellas paredes serían testigos) en que los apuestos y fieros paladines lucían su destreza y ardimiento en presencia de sus magníficos señores, y hacían alarde de su bizarro continente delante de las damas. “Todo se pasa”, murmuraba, bajando de la colina. ¿Qué queda de la grandeza de los duques y de los reyes? Pero sí que queda, y mucho, de la grandeza de la **pobre Carmelita descalza**, cuya gloria crece y se levanta, cada día más, en el tiempo y en la eternidad. ¡Ah! Es que **Dios nos se muda**, añadía plagiando a Teresa, cuyas palabras me daban la clave de estas misteriosas transformaciones. Y después de dar un paseito por aquellas orillas del Tormes, donde nos sentíamos acariciados por deliciosas auras, saturadas de rocío y aromas, y se gozaban nuestros ojos en la vista de aquel despejado horizonte, salpicado a la sazón de doradas y flotantes nubecillas que semejaban, como diría un poeta, sueltas alas de querube; nos dirigimos al convento de Carmelitas para decir adiós a aquellas santas hijas de Teresa. ¡Qué despedidas tan diferentes de las que en el mundo se usan! Como se despidieron de él, olvidaron ya sus usos y costumbres. Solo oraciones piden estas almas para mejor alzar su vuelo a las regiones del amor y de la luz. Nada de ansiedades congojosas; nada de vanas ternuras, hijas de la debilidad y flaqueza de corazón. Una dulce serenidad, una calma del todo celestial da el tono a estas escenas que no pierden nada por eso de interés y de delicada ternura. Ángeles colocados en los umbrales del paraíso, cuyos esplendores les parece ya columbrar, pronuncian esta palabra **adiós**, bañada en una sonrisa inefable, que significa: “hasta luego”. ¡Oh! No tiene uno la dicha de cernerse por tan remontadas alturas, y eso no obstante, se siente delicadamente seducido por sentimientos de tan superiores quilates. Nos dieron objetos teresianos, como pañitos y corazones de seda tocados en el santo Corazón de la Santa; medias del santo brazo, tocadas al mismo, y papelitos llenos de polvo del sepulcro de la Santa. Pero lo más apreciable para mí son unas pequeñas imágenes de santa Teresa que modelan las Religiosas con barro, formado del expresado polvo. Todos estos preciosos objetos hemos añadido al verdadero tesoro, que aquí y allá vamos acumulando, de sencillas y piadosas preciosidades teresianas, con las que hemos de hacer felices a no pocos corazones enamorados de Teresa. ¿No es verdad, mis buenas hijas de Teresa?

Hemos ido también a dar el último adiós al llago y espinado Corazón, contemplando una vez más (¡ojalá no sea la última!) tan maravilloso prodigio. Hemos tenido que hacernos violencia para arrancarnos de aquel sitio. ¿Les diré ahora todo lo que he sentido? He probado de exprimir mis sentimientos en unos versos, que me atreveré a mandarles, aunque estoy perfectamente conforme con aquellos de un íntimo amigo mío, que dice:

Hay poemas interiores
que no se escriben jamás:
yo de esos compuse más
que los campos crían flores.

Pero ¿qué le harán Vds.? Quería obsequiar en nuestra despedida a las Religiosas, dedicándoles aquella poesía que les he leído a la reja del locutorio.

Mi amigo se me acerca, preguntándome si se lo he contado todo a Vds., pues que no tardaremos en abandonar Salamanca. ¡Válame Dios, y qué apreturas son estas! Está visto, que ver y sentir mucho, y luego coger la pluma, no se puede hacer a la vez. Pero no hay remedio. Que sepan Vds. algo siquiera de nuestro paso por esta monumental ciudad. Sin perder tiempo hemos ido a ver la Catedral, que es del siglo decimosexto, de la última época del estilo ojival. Yo me he parado delante de su bellísima fachada, y... ya no quería ver más. Aquello no parece sino un retablo de altar, pero retablo el más precioso y delicado, modelado en blanda cera. Aquellas exquisitas labores de piedra semejan transparentes y finísimos encajes, colgados allí en un día de grande solemnidad. No, no quiero pasar adelante, le decía a mi amigo, en mi entusiasmo artístico. ¿Puede haber nada tan hermoso como esto? Pasamos adelante y entramos en el magnífico templo. No quiero describir nada, pues hablaría mucho, y nada diría. Rodeado uno de aquellas espléndidas pero sencillas, nobles y elegantes bellezas del género gótico, compréndese fácilmente cómo en aquel siglo había genios que sabían contrarrestar el torrente de corrupción artística que todo lo empezaba a dominar. Luego hemos ido a visitar la iglesia de Santo Domingo. Allí, junto a aquellas majestuosas grandezas del arte cristiano que han hecho acordarse de las de Santo Tomás de Ávila, hemos recordado a aquellas otras verdaderas grandezas y glorias insignes de la España católica. Las graves pero nobles y sublimes figuras de los Bañez, Ibáñez y tantos otros sabios de primer orden y teólogos esclarecidos, en que abundaba aquella edad que llaman oscurantista, nos pareció a nosotros que proyectaban aún su majestuosa sombra bajo de aquellas atrevidas y altísimas naves que

tantas veces fueron testigos de su piedad. De allí, sí, salían los humildes Religiosos para ir a sentarse en las renombradas cátedras de la célebre universidad de Salamanca, desde cuya cumbre derramaban ríos copiosos de luz purísima, en cuyos raudales eran abrevadas las vírgenes inteligencias de aquella dichosa juventud. A esa misma universidad hemos también ido nosotros, donde apenas si puede uno hacerse una idea de lo que fue. Aunque muy deteriorada y casi ruinosa, se conserva el aula o clase donde explicaba Fr. Luis de León. Hemos observado que los bancos, que son los mismos que había entonces, son muy estrechos y labrados toscamente. En cambio las inteligencias eran mejor labradas y pulidas. No encontrarían allí mucha comodidad los estudiantes, pero estarían en cambio más despiertos. Nosotros nos contentamos ahora con el buen parecer. ¿Qué importa lo demás? Hemos subido también a la Biblioteca, sonde, entre otras cosas notables, hemos visto los libros originales del suavísimo e inimitable prosista y divino poeta Fr. Luis de León. El carácter de su letra era claro y hermoso, y eso que dicen que los sabios tienen mala letra. Después de ver la de san Juan de la Cruz y de Fr. Luis de León, digo que se puede ser sabio y tenerla buena. Con que alégrense Vds. Su estatua nos ha parecido bella y majestuosa, pero, a mi entender, le falta mucho para ser un monumento nacional, como debiera. Consolémonos, sin embargo, pensando que es más grande y gloriosa la que le ha levantado hace tiempo la historia de nuestra literatura.-Después hemos pasado por la Clerecía o Seminario, y no nos ha dolido ciertamente el tiempo que hemos empleado en ello. ¡Claustros como aquellos! En pocas partes he visto tanta grandiosidad y riqueza de arte.- Y diz que sus habitantes antiguos eran unos apaga-luces. Que vayan a contárselo... a su abuela. (Dispensen Vds.) Está visto que se nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino. Por fortuna se va descubriendo la hilaza, y ellos, los pobrecitos, aparecen en la torpe desnudez de su ignorancia y mala fe. Varias veces hemos atravesado la bella y espaciosa plaza de la ciudad, que es ciertamente una cosa monumental. Hala ella de otros tiempos. Paseando por bajo de sus arcos, nos decíamos: Por aquí debían de pasearse aquellos verdaderos y por eso humildes y modestos sabios de aquellos tiempos más felices, y por aquí debía revoletear aquella muchedumbre de estudiantes que inundaba la ciudad, emporio de la ciencia.

¿Y nada de santa Teresa? Sí, también hemos perseguido aquí su sombra, apareciéndonos tan graciosa y encantadora como siempre. Hemos ido al Convento de Carmelitas donde habíamos dejado tarjeta, en el torno, a nuestro paso hacia Alba, lo cual bastó para que desde luego hayamos sido conocidos. Les hemos dedicado a las Religiosas un buen rato, en que mi compañero ha podido desahogarse. Hasta qué punto, no se lo diré yo a Vds. Nos han enseñado algún objeto que les recuerda a su santa Madre, refiriéndonos algunos sucesos de la Santa que tuvieron lugar en este mismo convento. Las religiosas son ellas mismas. He leído en un libro que sólo hay un jesuita, y este se llama: Ignacio de Loyola. Yo también digo a mi vez, que no hay más que una Carmelita Descalza, y se llama: Teresa de Jesús. Luego hemos ido a visitar la **casa de los estudiantes**. Así se llama en Salamanca la casa en que primero estuvo santa Teresa cuando fue allí a fundar y en ocasión en que era habitada por unos estudiantes. Es muy gracioso lo que cuenta la Santa del miedo que tenía en ella su compañera, la noche de las ánimas, contribuyendo a atemorizarla el doblar de las campanas y el enojo de los estudiantes, que había sido sacados de allí. Acompañados por una modesta y amable joven, hemos recorrido todas las estancias y registrado todos los rincones de la casa, complaciéndose ella en referirnos todo lo que sabía del suceso. Hemos descubierto todavía las señales donde tenían las Religiosas el torno. Hemos también bajado a un espacioso huerto y jardín donde hemos hablado de los gustos sencillos y poéticos de la gran Fundadora.

Muchas cosas más quisiera yo contarles de Salamanca, porque muchas otras cosas más hemos visto, con cuya relación me atrevo a creer que llegaría a entretenerles, si tuviese gracia y no me faltara el tiempo. Pero ya que ambas cosas me están faltando, me habré de contentar con tirar la pluma y coger el pescante mientras les suplica que no le olviden en sus oraciones su afectísimo amigo y S. S. en Jesús de Teresa,

J. A. y A.

LA ESPIGADERA TERESIANA

¡Válame Dios qué calor!
quemaba el aire, el suelo abrasa,

ni un soplo de viento pasa
que mitigue tanto ardor.

De sus ardientes alturas
lanza el sol dardos de fuego,
que bajan a incendiar luego
montes, valles y llanuras.

Doblan su frente las flores
a la luz abrasadora,
pero las espigas dora,
y cantan los segadores.

Cubiertos van de sudor
cortando la rubia mies
para disfrutar después
de abundancia, paz y amor.

Mirad como donde quiera,
llevando largos manojos
de espigas, por los rastrojos
va la linda espigadera.

El sol tuesta su mejilla
y en sudor baña su frente,
mas la fatiga no siente
y hace crecer la gavilla.

Las aves se han escondido
allá en la verde ribera,
mas canta la espigadera
y a aquellas echo en olvido.

Lleno tiene el corazón
de cosas puras y santas:
por eso halla rosas tantas
cuantos los abrojos son.

Siente un soplo de frescura
que el corazón le acaricia:
es misterio delicia
que penetra su alma pura.

Escuchad, buenas amigas,
la voz de la espigadera,
mientras cual corza ligera
anda recogiendo espigas:

“De una niña muy traviesa
dicen te has acreditado
cuando tu planta has fijado
en estos montes, Teresa

Hemos visto tu sonrisa
alumbrar este horizonte,
y por el llano y el monte
tu nombre ha dicho la brisa.

Teresa, Teresa, claman
los vientos de la colina,
que es tu gracia tan divina
que hasta los vientos te aman.

Los domingos por la tarde
ya no vamos a las eras:
zagalas y espigaderas
te saludan: Dios te guarde.

Dios de guarde, flor más bella
que las flores del sembrado;
tu beldad ha cautivado
el amor de la doncella.

Es tan dulce tu sonrisa
y tan dichoso tu amor,

que nunca estamos mejor
que a tus plantas en la misa”.
Por la tarde y la mañana
ya sabéis de qué manera
publica la espigadera
su dicha al ser teresiana.

J. A. y A.

Batea 10 julio de 1876

HECHOS EDIFICANTES

XXXI

Déjame que te ayude a barrer, decía la pequeña Francisca a la sirvienta de casa, fervorosa teresiana.

-¿Por qué, hija mía? Si te cansarás, y te reñirá mamá que no quiere, porque te vas a cansar y te ensuciarás el vestido.

– Tú déjame barrer, porque así concluirás más pronto.

– Y ¿qué sacarás con eso?

– Lo que deseo.

- ¿Qué deseas?

– Que el ratito que habías de emplear barriendo, y que por ayudarte tendrás libre, lo empleemos en hacer las dos el cuartito de hora de oración. Mira, ya sabes que yo no lo sé hacer sola, y tú sabes, y me has de ayudar. Yo te ayudaré a barrer, tú me ayudarás a hacer el cuarto de hora de oración. Además, tengo miedo al negrillo si lo hago sola, pues ese día me pasó que oía un ruido en el aposento mientras que probaba hacer este rato de oración, y cesaba luego que lo dejaba. Vamos, déjame que te ayude y después las dos juntitas oraremos con el “Viva Jesús”.- Y la buena Francisca a pesar de ser de ricos padres no se desdénaba de hacer oficio tan humilde con tal de lograr su deseo de orar.

¡A cuántos confundirán en el día del juicio estas inocentes criaturas!

LA MUERTE DE UN SANTO

Cuando el dolor nos envuelve con su lúgubre manto; cuando el sol de la dicha palidece y esconde sus vivísimos rayos; cuando nuestros ojos todo lo ven triste y sombrío y el corazón gime afligido bajo la impresión de un intenso pesar, difícil, muy difícil se hace explicar lo que se siente; no se hallan frases en los labios, no se encuentran ideas en la mente; en vano queremos trasladar al papel los sentimientos que nos agitan... ¡Hay dolores tan grandes que no se pueden describir!...

Esto me sucede hoy, lectoras queridas. Agolpanse en confuso tropel tantas ideas a mi cabeza, que apenas puedo esclarecer alguna; y arrastrados de lágrimas los ojos, pálida la frente, trémulas las manos, oprimido y desgarrado por los últimos embates del dolor mi corazón, no puedo más que sentir, y alzar al cielo con todo el fervor de mi alma una sentida oración por el descanso eterno del que fue nuestro celoso y amantísimo Pastor.

¡Bien quisiera pulsar en este día el arpa lastimera y melancólica de los bardos de la antigua Palestina para cantar, mejor dicho, para llorar la muerte del varón justo, del apóstol infatigable, del mártir de la caridad!... Bien quisiera tener la voz de los Profetas, y que un rayo de inteligencia sublime iluminase por un momento mi oscura mente para decir al mundo las heroicas virtudes del que lloramos, para alzar un himno de gratitud y de dolor a su memoria, que fuese, en alas de las brisas, sobre la azulada alfombra de los mares hasta las playas españolas, donde unos padres afligidos vierten el llanto de la más cruel amargura;- pero tengo que resignarme a deciros en ruda prosa y con el malísimo estilo de quien a fuerza de sentir no sabe explicar sus ideas, algo de lo mucho que el pueblo de la Habana siente con la ausencia eterna de su virtuoso Prelado.

Yo que un día no lejano canté sus glorias y rendí un homenaje de admiración y de amor a sus virtudes y a su talento, cuya justa fama le precedía, he bañado con lágrimas de profunda pena aquella mano providente, siempre abierta para sembrar el bien a su paso; y os aseguro que ¡he creído besar la mano de un santo!... Sí... El celoso Pastor que Dios había concedido a esta Diócesis era un verdadero santo que hoy debe entonar el ¡**hosanna!** En la patria celestial.

¿Quién nos hubiera dicho, cuando le veíamos correr de templo en templo a predicar las verdades de la fe, que muy pronto le contemplarían nuestros ojos yerto y frío, herido por la cortante guadaña de la muerte?

¿Quién hubiera pensado que aquella frente que irradiaba con fulgores de santa caridad, y que parecía ceñida de una celeste aureola, iba a doblarse en breve como marchito lirio, y que aquellos labios que brotaban raudales de elocuencia sagrada enmudecerían para siempre?...

El Ilmo. Sr. D. APOLINAR SERRANO Y DIEZ ha sido para nosotros un amante padre y un bienhechor incomparable. Apenas arribó a nuestras playas, cuando conociendo el mucho bien que podía hacer, y abrasado en el ardiente celo de que ha sido víctima, empezó su predicación evangélica en diferentes templos de esta ciudad y se consagró por completo a sus amados diocesanos. No contento con enseñarnos desde el púlpito la doctrina del Crucificado, atendía de diferentes maneras a las necesidades de los fieles, administraba los santos Sacramentos de la Confirmación y del Orden, vertía el bálsamo suave de la Penitencia sacramental en el alma herida de los que acudían a él con humilde y filial confianza... se hacía todo para todos, a fin de ganarlos a todos, y con el celo de un Apóstol y la elocuencia de un Profeta, se presentaba a nuestros absortos ojos arrebatando las simpatías y atrayendo al redil las descarriadas ovejas.

En vano se le hacía presente con respetuoso amor que su actividad incansable y su ardoroso celo eran excesivos, y que podían perjudicarle arrebatándole su preciosa salud y su inapreciable existencia; porque lleno del amor divino, que tan en oposición se halla con los fríos cálculos de la prudencia humana, respondía invariablemente que había hecho a Dios el sacrificio de su vida por la salud de su pueblo, y que estaba dispuesto a aceptar la voluntad divina, cualquiera que ella fuese, pero no a dejar de cumplir sus importantes deberes mientras un soplo de vida animase su corazón.

Y en alas de su sagrado entusiasmo, y ardiendo en el fuego de la caridad, iba a todas partes anunciando la palabra de Dios y arrebatando los corazones de sus oyentes con su elocuencia, su evangélico celo y su fervorosa piedad... Y el rebaño que Dios confiara a su cuidado escuchaba las suaves y dulces voces de su Pastor y acudía a su lado, le rodeaba, le seguía incansable y le manifestaba que no era sordo a su acento, que le amaba, que tenía depositada en él su confianza, y que a su ternura de padre respondía con un entrañable amor y confianza filiales.

¡Y cuánto bien ha hecho el virtuoso Prelado en su breve estancia entre nosotros!... ¡Cuántos corazones, sordos a la voz de la gracia, se abrieron al eco de su voz, como se abre suavemente el cáliz de la rosa a los besos del céfiro que la mece blandamente! ¡Cuántas almas que, olvidadas del alto fin para que habían sido criadas, vegetaban entre el hielo de la indiferencia y el desencanto, sintiéronse reanimadas, heridas en sus más delicadas fibras, y se apresuraron a dejar el estado tristísimo de abandono que como yerto sudario las envolvía!...

¡Ah! ¿quién olvidará jamás al sabio y santo Prelado, cuya muerte llora el pueblo de la Habana consternado y henchido de profunda aflicción? ¿Quién oyó su fácil y elocuente palabra, que como penetrante saeta iba a herir el corazón; quién que haya visto aquel rostro dulce, suave, modesto, respirando amor y virtud, que parecía en algunos momentos bañarse de una luz celestial, podrá dejar de bendecir su memoria, de consagrarle sus oraciones y de guardar su recuerdo como preciado tesoro? No es posible que haya uno solo de los que le veían y tuvieron la dicha de escucharle que le olvide jamás, porque era un verdadero discípulo de Jesús; había heredado la caridad de san Pablo, las luces de san Agustín, y la inagotable dulzura de san Francisco de Sales.

Ese pueblo que iba detrás de él a escuchar su doctrina, ávido siempre de ella; ese pueblo que fiel ha respondido a su voz, que ha salido de su letargo y ha manifestado su gran reacción hacia la virtud y las prácticas de la religión católica que tiene la dicha de profesar; él, que ha recibido de sus manos tantas veces el Pan de los Ángeles, y que le ha visto espirar con la sonrisa del justo, con la tranquilidad y la resignación del mártir, no olvidará nunca sus lecciones, y hará que la semilla que sembrara su generosa diestra fructifique lozana y dé frutos abundantísimos de buenas obras.

Más que de la cruel enfermedad endémica, el virtuoso Prelado ha sido víctima de su celo incansable y de su interés por el bien de sus amados hijos. Enfermo ya desde hacía dos días, pero creyendo que sólo sufría una indisposición pasajera, fue a Guanabacoa a predicar a las Hermanas del Amor de Dios y a administrar a sus alumnas el sacramento de la Eucaristía; volvió de nuevo a ocupar la cátedra en la iglesia de los Escolapios, y cuando regresó a la Habana se postró en el lecho del dolor, que ya no debía dejar sino para ocupar el fúnebre ataúd.

Desde el primer momento de su enfermedad, apenas se tuvo conocimiento de ella, una multitud de personas de todas clases y condiciones invadió el patio, zaguán y escalera de su palacio, informándose de su estado; y cuando se supo su gravedad, el pueblo en masa se agolpaba allí; corría a los templos a alzar fervientes preces por su restablecimiento; hacía votos al Señor para que le conservase a su querido Pastor, y con su rostro afligido, sus tristes ademanes y hasta sus lágrimas de dolor, daba público testimonio del amor que profesaba al que iba a dejar este valla de miserias para recibir la corona labrada con tantas fatigas y tan merecida por sus heroicas virtudes.

Y más tarde, cuando el pausado y lúgubre son de las campanas anunció a la ciudad afligida que el santo, como unánimemente le llamaban, había muerto, todos se apresuraban a visitar su cadáver expuesto en el palacio episcopal, y en testimonio de su amor, de su respeto, de su admiración profunda y del elevadísimo concepto que tenían de sus virtudes cristianas, regaban con sus lágrimas aquella mano generosa que tantas veces se extendió para bendecirnos, y cubrían de besos aquellos pies que sin cesar corrieron en busca de la perdida oveja, y que se dirigían siempre por los fáciles senderos de la ley de Dios.

¡El sabio Prelado ya no existe!... Pero aquel ejemplo admirable de tantas virtudes cristianas, aquellos consejos evangélicos, aquellos raudales de luz con que envolvió nuestras almas han dejado un imperecedero recuerdo, que será como el astro radiante que nos ilumine en los días de prueba, que nos aliente en las penalidades de la vida, y que al fin nos conceda la suspirada paz del corazón.

¡Dios nos le dio!... ¡Dios nos le ha quitado!... Bendigamos su mano generosa y sabia, no menos justa cuando castiga que cuando premia, y exclamemos con Job: "Si de vuestra mano recibí los bienes, ¿por qué no recibiré también los males?"

El pueblo de la Habana amaba tiernísimamente a su buen Pastor: se han oído frases desagarradas salidas de labios torpes y rudos; se han visto lágrimas en los ojos de muchos hombres que parecían duros e insensibles, y desde las más elevadas hasta las ínfimas clases de nuestra sociedad, el sentimiento ha sido profundo y el dolor indescriptible.

No éramos dignos de tenerle entre nosotros; no éramos dignos de poseer una joya de tan alto precio, y después de enviarnosle el Señor como un astro refulgente que por algún tiempo nos alumbrase con espléndidos fulgores, nos le ha quitado, llevándole a su seno en el día hermosísimo en que celebra la Iglesia la solemne festividad del santísimo Corpus Christi; en el día consagrado a honrar con particular devoción a santa Teresa de Jesús, esa gloriosa doctora de Ávila, ornamento y lustre de la religión Carmelitana, a quien honraba con particular afecto y devoción.

Hizo grandes cosas entre nosotros en el breve tiempo que nos acompañó: se consagró infatigable al bien de sus diocesanos, y antes de espirar, con una humildad solo comparable con la de san Vicente de Paúl, dijo que rogaba a sus hijos que le perdonasen, si en algo les había agraviado. ¡Frasas sublimes que son como un clarísimo espejo que retrata la belleza de su alma!...

¡Nuestro Pastor ya no existe!... Cuando leáis estas páginas, mejor sentidas que pensadas, sus restos descansarán en el sepulcro, bajo las bóvedas de la santa iglesia catedral; pero, como os he dicho antes, su recuerdo no morirá en nuestros corazones, que fueron suyos, porque le ata a ellos con indestructibles lazos la fuerte cadena de la gratitud; pensaremos siempre en él y tendrá nuestras oraciones como nosotros las suyas, pues si tanto nos amó en vida, ¿cómo ha de olvidarnos en la eternidad?...

¡Santo y sabio Prelado, que apareciste entre nosotros como un enviado de la Providencia, como un misionero de la fe sagrada, como un apóstol de la caridad divina!... Tú, que tanto nos amaste y tanto te hiciste amar de tus hijos, que dijiste haber venido para consolar al triste y enjugar el llanto del afligido; tú que practicaste sin ostentación alguna las virtudes cristianas hasta la mayor perfección, hoy que sin duda alguna te hallas a los pies del Señor, bendiciendo sus misericordias y vestido de luz eterna, pídele que nos aliente, que enjague nuestro llanto, que nos dirija firmes y constantes por el sendero que tú nos enseñaste y que nos conceda la dicha de reunirnos un día contigo para gozar de la bienaventuranza eterna!

Matilde Troncoso de Oiz

Habana, 18 de junio.

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

El triunfo de la Iglesia.- La libertad de Pío IX.- Seis fundaciones religiosas.- El palomarcito de la Virgen en Jesús de Tortosa.- La Hermandad josefina.- La Archicofradía de Jóvenes católicas.- La Compañía de preferencia teresiana.- El Rebañito del Niño Jesús de Teresa.- Ocho vocaciones religiosas.- La Catequística.- España.- Bélgica.- Oriente.

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de agosto

Virtud

Celo por la salvación de las almas.

Máxima

Aficionémonos al bien de las almas.

(Santa Teresa de Jesús)

Reflexiones

¡Cuánto vale un alma a los ojos de Cristo!

Mercedes celestial, todo lo da, lo vende casi todo por comprar esta preciosa margarita. Por adquirirla pierde reposo, sufre trabajos, da toda su sangre y hasta su preciosa vida.

¿Y nosotros nada daremos por ganar estas almas, para convertir uno solo de estos corazones?... Oigamos a Jesús que nos dice: "Dadme almas, lo demás por vosotros".

Un alma que salvemos aseguramos la eterna salvación de la nuestra. A trabajar, pues, para convertir almas. Demos almas a Jesús... a lo menos la nuestra, sin reserva, con toda generosidad; y si la nuestra es toda de Jesús, presto ganaremos miles al buen Jesús. Es el mejor ramillete espiritual que podemos ofrecerle como flores regadas con su sangre en este mes consagrado a honrarle.

Oración

Divino Jesús, amador de las almas, dame tu gracia para que mi alma sea siempre tuya sin reserva, y te gane miles de miles a tu amor. Amén.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

	Suma anterior	Rs.	4,944'80
Las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús de Tortosa			
Nº 1.- El Coro primero de San José ofrece modesta ofrenda al propagador de las glorias del bendito santo		14	
Nº 2.- Glorioso san José, ruega por tus Hijas, que lo son de María y Teresa de Jesús, ahora y en la hora de su muerte		8	

Nº 3.- Glorioso san José, derrama gracias y bendiciones sobre el bondadoso Pío IX, y déjale ver pronto el triunfo de la Iglesia católica; bendice también nuestra querida Congregación, para que siendo todas fieles imitadoras de nuestra Madre santa Teresa de Jesús, seamos algún día todas participantes de su gloria en el cielo	32
Nº 4.- Derramad, Jesús mío, gracias y bendiciones sobre el perseguido y atribulado Pontífice, y no permitas, oh Jesús de Teresa, que cierre el pobrecito anciano sus ojos, sin ver antes el triunfo tan deseado de la Iglesia	26
Nº 5.- Glorioso Santo mío, vela por nuestra Congregación y por Pío IX como velaste un día la infancia del Niño Jesús	10
Nº 6.- Santísimo José, patrón de la Iglesia, salva a la Iglesia, que te ha sido confiada	10
Nº 7.- San José, maestro de oración, enseña a hacer bien a todas las Hijas de María y Teresa de Jesús el cuarto de hora de oración	8
Nº 8.- Señor san José, salvad a la Iglesia, salvad a Pío IX y a vuestra josefina y teresiana España	8
Nº 9.- Santísimo Esposo de la Virgen María, concedednos como concedisteis a nuestra Madre santa Teresa, que propaguemos tu devoción por el mundo	8
Nº 10.- Haz, san José, que las que nos cobijamos bajo la bandera de María Inmaculada y Teresa de Jesús seamos siempre hijas obedientes de la Iglesia	6
Nº 11.- Haz que se aumente cada día más y más entre las Jóvenes católicas la confianza en tu santo Patrocinio	6
Nº 12.- Santo de mi corazón, no desoigas nuestras oraciones y alcánzanos lo que te pedimos	48
Coros de Nuestra Señora del Carmen	
Nº 1.- Santísima Virgen del Carmen, sea tu santo escapulario el escudo que libre a Pío IX de las asechanzas de sus enemigos	40
Nº 2.- El coro número 2 de Nuestra Señora del Carmen levanta una sencilla plegaria al dulcísimo Corazón de Jesús de Teresa, para que llene de gloria y honor los días de su Santo Padre	8
Nº 3.- Madre mía, haz que los que visten tu santa librea sean libres de todos los peligros de alma y cuerpo	20
Nº 4.- Santísima Virgen, conduce a seguro puerto la nave de la Iglesia	3
Nº 5.- Al más insigne bienhechor de nuestra Congregación, el coro número 5 de Nuestra Señora del Carmen	10
Coros de los Ángeles de la Guarda	
Nº 1.- Purísimos Ángeles, a quienes dio Dios la misión de velar por los hombres, dirigid y guardad también al Padre común de los fieles	20
Nº 2.- Santos Ángeles, haced dulce sombra con vuestras alas, para que el sol de la impiedad no agoste la preciosa flor de nuestra Congregación	5
Coros de santa Ana	
Nº 1.- Santa Ana, ¿os negará nada vuestro nieto? no: pedidle la paz para nuestra España, salud y gloria a Pío IX y un corazón santo y varonil para todas vuestras Hijas	9
Nº 2.- A Pío IX piden sus Hijas del coro número 2 de santa Ana eleve al cielo una plegaria por nuestra Congregación	22
Coro de san Juan evangelista	
Libra a Pío IX de sus perseguidores como tú saliste ileso de la tinaja de aceite hirviendo	20
Coros de santa Isabel	
Nº 1.- El coro primero pide a su Madre ser todas bien puras y grandes santas	10
Coro de santa Clara	

Nº 1.- Aviva, santa Madre, la antorcha de la fe, que va apagándose en el mundo por falta de caridad	5
Coro de santa Úrsula	
Al Padre común de los fieles, sus más humildes Hijas del coro de santa Úrsula	24
Coro de santa Catalina de Sena y santa Catalina virgen	
Agradecidas piden a Jesús y a su Teresa la santidad para su tierno protector Pío IX	12
Las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús de Todoella	
Coros de la Purísima Concepción	
Madre purísima e inmaculada, en Vos ponen su confianza y a Vos piden la salud y bendición para nuestro inmortal pontífice Pío IX las asociadas del coro de vuestra Purísima Concepción	21
Coro de santa Teresa de Jesús	
Santa Teresa de Jesús, Madre nuestra muy amada, ya que cuando vivías en el mundo eras la mujer más agradecida, alcanza el triunfo de la Iglesia y su libertad al que tantas gracias y bendiciones ha derramado sobre la Congregación, al atribulado Pío IX. Eres Madre, ¿cómo podrás desoír los clamores de tus Hijas que esto te piden de continuo?	7
Coro del Corazón de Jesús	
Dulcísimo Corazón de Jesús: con el calor de tu caridad funde las cadenas que aprisionan a tu Vicario, y convierte a sus enemigos ..	6
Suma	Rs. 5,370'80